

Las condecoraciones y honores han sido siempre una de las armas más efectivas y menos costosas para halagar vanidades y acallar conciencias. No es éste el caso que recogemos hoy. El guatemalteco César Jerez, Superior Provincial de los Jesuitas Centroamericanos, aprovecha su discurso de aceptación de un Doctorado "Honoris Causa" en una Universidad Norteamericana para hacer un alegato valiente y dramático en contra de la política imperialista de sus anfitriones. La ponencia es una lección magistral por las circunstancias, el contenido, y la emotiva vivacidad de su estilo. (N. de la R.)

DAD SUS DERECHOS AL OPRIMIDO

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA RECEPCION DEL GRADO DE DOCTOR
HONORIS CAUSA CONCEDIDO POR CANISIUS COLLEGE, U.S.A.

Canisius, 20 de Mayo de 1978.

"Israel no conoce... (porque) vuestras manos están de sangre llenas... desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, haced lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda".

(Isaías 1, 3b. 15c. 17).

(Traducción de un discurso tenido en inglés).

Padre Demske, señores catedráticos y miembros de la administración del Canisius College; invitados de honor, graduados, familiares y amigos:

He venido a Canisius College a recibir un grado honorario que se me ha concedido por la significación potencial que este año puede tener para el pueblo oprimido de Centroamérica. La Compañía de Jesús, y yo como su Superior Provincial en esa parte del mundo, tratamos de consagrar nuestras energías al servicio de ese pueblo, aun cuando algún día esto pueda significar el exilio, la prisión o algo peor. Hoy, al reconocer y agradecer a ustedes este grado honorario, les hablaré como cristiano, como sacerdote, y como jesuita.

Permítanme comenzar con unas reflexiones sobre mi propia experiencia en el mundo académico. Estudié ciencias políticas en la Universidad de Chicago. Hans Morgenthau, Morton Kaplan, Hannah Arendt y muchas otras personalidades conocidas fueron mis profesores o tuve que estudiar sus obras principales. Recuerdo especialmente al Doctor Sidney Verba quien, en un seminario sobre la democracia, me dirigió un trabajo sobre la concientización de Paolo Freire y su significado para la construcción de una verdadera democracia en nuestros países centroamericanos.

Sin embargo, cuando en 1972 regresé a mi país para hacer la tesis doctoral, no había ni rastro de democracia en Guatemala. Si alguno de ustedes conoce la historia de esta minúscula República "bananera" o "cafetalera" —como los mismos textos de historia norteamericanos la llamaban—, recordará que, en 1953, había en Guatemala una incipiente democracia. Como el ex-presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower ha reconocido en sus memorias —y no digo "confesado" pues no hay arrepentimiento en su reconocimiento—, en 1954 la CIA ayudó a nuestras fuerzas conservadoras en Guatemala a derrocar el régimen democráticamente elegido del Presidente

Jacobo Arbenz. ¿Por qué sucedió cosa tan terrible? Sucedió porque el régimen de Arbenz fue estigmatizado como comunista en momentos en que la actitud de guerra fría se hallaba en su máximo apogeo, cuando el Senador Joe McCarthy destruyó carreras y asesinó a figuras en este país sobre la endeble base de que eran "blandos con el comunismo". Eran los días en que John Foster Dulles aplicaba la política de la guerra fría. Arbenz sólo había intentado modernizar mi país y transformarlo de una sociedad semifeudal en una sociedad capitalista avanzada; en segundo lugar, había intentado independizar al capitalismo guatemalteco de los dictados de Estados Unidos; y, en tercer lugar, había intentado crear una nueva clase de pequeños hacendados a partir de medieros, pequeños campesinos o trabajadores rurales sin tierra. Sin embargo, desde el punto de vista de Estados Unidos en ese período de la guerra fría, el régimen de Guatemala tenía el inconveniente de querer independizar, cuando geopolíticamente se encontraba en su área de control. Además, en 1948, el Partido de los Trabajadores de Guatemala, un partido comunista, había sido reconocido legalmente y algunos de sus líderes ejercían una cierta influencia en el entonces presidente de Guatemala.

Finalmente, el Presidente Arbenz, en su intento por hacer realidad su sueño de modernización independiente, su sueño de transición independiente al capitalismo, nacionalizó las plantaciones bananeras de la United Fruit Company, con sede en Boston, Massachusetts. El gobierno de Guatemala pagó una compensación a la United Fruit no de acuerdo al valor del mercado de sus tierras, sino en base a los magros impuestos que esta Compañía había estado pagando por décadas a Guatemala. Por consiguiente, era necesario derrocar al régimen. ¿No suena esto como la historia del gobierno socialista chileno de Salvador Allende a principios de los setenta, y sus tratos con las minas de cobre Anaconda? Desde el punto de vista de la United Fruit Company y del Departamento de Estado Norteamericano, había que defender la democracia contra la reforma agraria modernizante del régimen guatemalteco, que se percibía como peligrosa para las bases mismas de la democracia corporativa; pues tal democracia asume un derecho absoluto a la propiedad privada. He dicho un derecho absoluto.

En otras palabras, la democracia corporativa afirma que el derecho a un hogar, a un pedazo de tierra, y a una oportunidad de trabajo, el derecho a la propiedad tal como lo concibieron los Padres Fundadores de este país y está escrito en su Constitución y en su Declaración de Independencia, significa realmente el derecho profundamente irracional y aun asesino a que se consoliden libremente las corporaciones multinacionales. La actitud de Anaconda y de Richard Nixon, de la CIA y del Pentágono ante la segunda Declaración de Independencia

de Allende en 1971, fue similar a la actitud de la United Fruit Company y de John Foster Dulles ante la segunda Declaración de Independencia de Guatemala en 1952.

Si volvemos ahora nuestra mirada hacia el presente, me gustaría hacerles una pregunta importante. En 1978, ¿siguen pensando ustedes del mismo modo? Su respuesta es importante para el futuro de la democracia, no una democracia teórica, sino una democracia que signifique realmente lo que se pretendía expresar: libertad para todos, y no sólo para los privilegiados; justicia para todos, no sólo para los muy ricos; igualdad ante la ley, y no sólo para los poderosos; tierra y casa, alimento y salud, empleo y descanso para todos, no solamente para los que han heredado la cúspide de la pirámide y actúan como los "faraones" de este siglo XX. Ustedes y yo, su pueblo y mi pueblo, somos todos herederos de una tradición muy valiosa: una tradición de respeto por la humanidad, por el hombre y la mujer que cruzan por nuestras vidas diarias, los hombres y las mujeres con quienes compartimos esta única tierra en que vivimos, esta tierra de la que Teilhard de Chardin dijo que era digna de ser amada con una gran pasión, puesto que es la única tierra que se nos ha dado como sitio en que podemos crear un cielo o un infierno, la hermandad o la enemistad entre los hombres.

Nosotros, jesuitas, ¿cómo cuidamos de tan sagrada herencia? Hoy, los jesuitas afirmamos que nuestra misión consiste en servir a la fe cristiana y promover la justicia en el mundo.

En 1975, la Congregación General de los jesuitas afirmó que ser jesuita hoy significa optar por hacerse presente en el corazón de la lucha crucial de nuestro tiempo... la lucha por la fe y la justicia. Este es ciertamente nuestro deber como jesuitas hoy, el deber de los jesuitas norteamericanos tanto como el de los jesuitas centroamericanos. Ante el Dios de Jesucristo en quien creemos, y ante los hombres y las mujeres que tienen derecho al Evangelio, a la Buena Nueva para sus vidas concretas, aquí y ahora, así como a la justicia, habremos de ser responsables por el grado en que nos convirtamos a esta difícil pero estimulante tarea. De este modo intentaremos conservar nuestra herencia y transmitirla a las nuevas generaciones de jesuitas, para que ellos nuevamente la recreen y vuelvan a partir siempre hacia un nuevo principio. Llevaremos adelante esta tarea con humildad. Nos esforzaremos por ser creativamente fieles al hombre y al Hijo del Hombre.

En los países del Tercer Mundo y, específicamente, en Centroamérica, esto significará que seremos tenidos por subversivos del viejo orden establecido, y peligrosos para el deseo rapaz de propiedad absoluta y poseída en exclusividad por los poquíssimos que consideran sus países como jardines de belleza y tranquilidad para uso privado. Esto ha significado ya el derramamiento de la sangre de un jesuita hermano, el sacerdote salvadoreño Padre Rutilio Grande, que fue asesinado el 12 de marzo de 1977 por haber prestado atención al clamor de los campesinos, y por haber respondido a la desesperación y a las necesidades de los trabajadores rurales de las plantaciones de caña de azúcar, y de los que trabajan las minúsculas e improductivas parcelas despreciadas por las haciendas de café, algodón y caña de azúcar.

Ustedes saben cómo en El Salvador, el 20 de junio de 1977, toda la Compañía de Jesús fue amenazada por un grupo terrorista de derecha con la aniquilación sistemática, si no obedecía la orden de abandonar el país definitivamente en el plazo de treinta días. Sin embargo, nos quedamos allí. Y permaneceremos en El Salvador y en toda Centroamérica tratando de llevar, humildemente, pero con la fuerza que Jesucristo nos concede, la fe y la justicia a esa parte del mundo. No queremos ser infieles a esos hombres y mujeres cuya esperanza compartimos, y en cuya esperanza hemos hallado el sentido de nuestras vidas; o dicho en términos más cristianos, cuya "esperanza contra esperanza" (Rom 4,12) responde a quien cuestiona la base de nuestra propia esperanza (1 Pe 3,15).

Somos humanos, y podemos sentir miedo. Pero ¿no es verdad —como está escrito en la primera carta de Juan— que quienquiera que dice amar a Dios y no ama al hombre es un mentiroso?

El apóstol Juan no sabía, sin duda, que el amor por la

humanidad debe ser una parte integral de la estructura institucional y legal de la sociedad, y no sólo una característica de las relaciones personales. Nosotros, ahora, lo sabemos, gracias a un conocimiento sobre la organización de la sociedad adquirido por la ciencia, una ciencia humana y crítica, cuyo objetivo es no sólo conocer el mundo, sino también conocer el mundo con el fin de transformarlo. A todos nos toca transformar el mundo en una comunidad de justicia y hermandad mediante nuestra acción responsable.

Los muchos pueblos hambrientos de este mundo del último cuarto del siglo XX dan testimonio a diario de que éste no es un mundo de hermandad y justicia.

¿Y ustedes? ¿Cómo piensan ustedes guardar su herencia, cualquiera que sea la fe sobre la cual descansa en último término su empeño? ¿Piensan seguir las huellas de John Foster Dulles, de Richard Nixon y la CIA, y de aquellos magos de la Realpolitik, que guardaron silencio ante las fuerzas siniestras que conspiraron para destruir un principio nuevo, una nueva creación, un intento nunca antes hecho de realizar el socialismo con libertad y sin violencia en esa parte de la América conocida como Chile? ¿Piensan usar sus títulos para su propio provecho, sea en forma de dinero o poder, status o respeto? ¿Terminarán en la General Motors o la Morgan Trust, el Chase Manhattan o los Laboratorios Abbot, la Goodyear o la Boeing?

¿O, por el contrario, seguirán ustedes las huellas de aquellos que, en 1970, fueron asesinados en la Universidad Estatal de Kent? Ellos luchaban por la noble causa de la independencia vietnamita y por poner fin a la política de los Estados Unidos de ser "policía del mundo"; luchaban para que Norteamérica dejara de buscar su propio interés en nombre de la democracia y de la protección de los pueblos contra el comunismo, o en otras palabras, para que dejara de impedir el derecho de cada pueblo a crear independientemente su propia sociedad. ¿Serán ustedes gente que use su saber para la promoción de la justicia, no sólo en los Estados Unidos, sino también en el extranjero? ¿O aceptarán la sabiduría del establishment y —autojustificándose— proclamarán una lucha por los derechos humanos, para llevarla a cabo sólo allí donde no afecte adversamente los grandes intereses del mundo corporativo, multinacional?

¿Apoyarán el parecer del Sr. Terence Todman del Departamento de Estado, quien recientemente aconsejó a las autoridades salvadoreñas luchar con todos los medios legales a disposición del Estado contra las justas y razonables aspiraciones de los trabajadores rurales y urbanos de El Salvador, como si fuesen terroristas? ¿Saben ustedes cuál fue la consecuencia de tan sabio consejo? La consecuencia ha sido una Ley para la Defensa y Garantía del Orden Público, bajo la cual miles de trabajadores y millones de campesinos se han visto privados de su derecho a la huelga, su derecho a organizarse, su derecho a protestar, su derecho a ser juzgados ante un tribunal, su derecho a no ser detenidos más allá de un período limitado sin ser llevados a juicio, etc. etc.

Esto es lo que ha significado para algunas gentes del Departamento de Estado el luchar contra el terrorismo en El Salvador dentro de los límites de la ley.

¿Qué partido tomarán ustedes? Quiero creer que algunos, por lo menos, están ya más allá de aquel estadio en el que el credo es: "Soy científico, soy académico, no tengo que tomar partido". ¿O irán en excursión a nuestros países de Centroamérica con una agencia de viajes, y dirán lo que los abuelos de Julia decían en el famoso film ganador del Oscar, de Fred Zinnemann: "¿Acaso hicimos nosotros a esta gente hambrienta y enferma?"; "No mires la miseria en torno tuyo, mira sólo la belleza del paisaje tropical"?

Permítanme decirles esto del modo en que los profetas lo hacían. "Si, algunos de ustedes los hicieron hambrientos y enfermos; sí, algunos de ustedes los asesinan cada día mediante ese consumo, "conspicuo" y absurdo, de los recursos de una tierra que no les pertenece, sino que pertenece a los pobres de este mundo que forman la inmensa mayoría de la humanidad. Sí, algunos de ustedes los hacen hambrientos y enfermos y algunos de ustedes los asesinan cuando no protestan contra la

política de doble cara de su Aguila de dos caras: una política para Rusia, y quizá para Brasil, y otra para el insignificante El Salvador (¿dónde queda en el mapa del mundo tal país?) o para la estratégicamente significativa Corea del Sur. Sí, algunos de ustedes los hacen hambrientos y enfermos y algunos de ustedes aun los asesinan cuando claman por la conservación y contra la contaminación en los Estados Unidos, en las bellas tierras de Montana, Maine y Colorado, por ejemplo, y permiten luego a las corporaciones multinacionales transferir sucias industrias a los países del Tercer Mundo.

Como dijeron los Obispos latinoamericanos en 1968, "el tiempo de las palabras no ha pasado; pero éste es un tiempo de acción urgente". Ni yo ni mis compañeros jesuitas eludimos nuestra responsabilidad. Sabemos que somos principiantes en la lucha por la justicia. No pretendemos ser arrogantes. Tenemos mucho de qué arrepentirnos. Pero esto no nos detendrá ni nos gravará con el peso de un complejo de culpa.

Ninguna de estas cosas imperiosas o duras que me he atrevido a decir aquí deberá despertar en ustedes un cierto masoquismo. Más bien todo debe ayudar a plantearse la pregunta: ¿qué podemos hacer nosotros por los hombres y mujeres, creados a imagen de Dios? No soy de los que creen que todos ustedes son convencidos y empedernidos imperialistas o inútiles "caritativos", o indiferentes a la injusticia y al dolor humano. No somos ingenuos. Sabemos del interés humano y del peso de la inercia humana. Sabemos del miedo al cambio y del miedo a encontrarnos con nuestro credo desgarrado o desmantelado por el descubrimiento de una verdad que nos impulsa a la conversión y a la acción. Sabemos —en términos cristianos— del pecado, del pecado y la violencia estructural, institucionalizada, que mata a la gente tan sólo por conservar el mundo como

ahora es. Sabemos que no podemos esperar la tranquilidad, sino el conflicto y la lucha.

¿No emprendemos juntos la tarea de nuestra propia generación, esto es, la de contribuir a una paz que sea fruto maduro de la justicia? ¿Seremos capaces de trabajar por el bien que esté a nuestro alcance, aun cuando no sea la utopía a la que aspiramos y que debe seguir guiando nuestros pasos? Quizá tenemos algunas respuestas. Pero, en todo caso, debemos tomar partido.

Lo que no pueden ustedes hacer sin avergonzarse de sí mismos es considerarse, como está escrito en su Declaración de Independencia, "el pueblo de los Estados Unidos", y luego vivir la vida buena de gentes de zona residencial, manipuladas e indiferentes, que conceden grados honorarios a los del Tercer Mundo, pero rehusan estar con ellos en la lucha por la justicia y la libertad de los pobres de este mundo.

Nosotros, en Centroamérica, somos oprimidos, y algunos de nosotros somos conscientes de nuestra opresión y hemos dicho "¡Basta!: mejor luchar y ser vistos como Jesucristo, subversivos y peligrosos para el orden establecido de nuestro mundo, que conservar nuestra falsa paz del corazón".

Ustedes, en los Estados Unidos, corren el riesgo de ser manipulados por los ritos electorales de cada cuatro años, unas elecciones convertidas en operaciones de manejo adecuado de palabras y venta efectiva de imágenes de candidatos. Sin embargo, algunos de ustedes, y algunos de quienes los representan, no se conforman; gente como el difunto Robert F. Kennedy, los Senadores Frank Church y Edmund Muskie, y los Representantes Donald Frazer y Robert Drinan. Ellos y ustedes estarán prometedoramente dispuestos a seguir sus mejores tradiciones, las tradiciones de Abraham Lincoln y Martin Luther King, las tradiciones de aquella católica que luchó por los derechos de los trabajadores, Dorothy Kay, las tradiciones de muchos norteamericanos que creen que el mundo no acaba en las costas de California o Florida; las tradiciones de muchos norteamericanos anónimos que se han rebelado siempre contra los peligros de totalitarismos escondidos en los intereses de las grandes corporaciones, en el "Manifiesto Destino", imperialista y chauvinista, y en la tarea que se han atribuido de ser policías del mundo.

Creo que estamos de acuerdo en reconocer que no somos Dios, que ni siquiera somos buenos, porque sólo Dios es bueno (Mc 10,18); que tenemos que combinar el idealismo y la utopía con el realismo y el bien que es posible realizar en cada circunstancia; que debemos preocuparnos en serio, pero que nuestro interés debe apoyarse en la razón; que podemos ser hombres y mujeres de esperanza, de una indestructible esperanza, y sin embargo, gente que acepta cada fracaso en la vida como un nuevo reto para volverse a levantar y continuar la lucha por la justicia a escala mundial, que nos guste o no, es nuestra tarea, la de ustedes y la mía.

Su Universidad lleva el nombre de un jesuita santo del siglo XVI. El mismo fue académico en el campo teológico. Fue también un hombre que aceptó la misión de gobernar a los jesuitas de Alemania, su tierra natal, escribió un famoso catecismo que, por generaciones, fue un instrumento para el crecimiento en la fe. Tuvo que tratar con emperadores y reyes. Pero cumplió también ese deber de todo jesuita —estar dispuesto a ayudar y ser ayudado por la fe de los pobres de este mundo. Así, también en este sentido, son ustedes herederos de una digna tradición que exige compromiso. Dios les ayude a crecer en ella.

Debo ahora concluir. Por favor, no permitan que esta Graduación se convierta en un desfile de gala. Más bien, unámonos todos en una promesa, la promesa de abrir el futuro, de permitir al menos que el reto de la injusticia y la pobreza llegue hasta nuestros corazones y estimule nuestras mentes. Por atrevernos a esto, quizá nosotros como pueblo de una comunidad que trasciende las fronteras nacionales, podamos conocer a Dios; quizá podamos purificar nuestras manos de la sangre de los innumerables torturados y atormentados en nuestro mundo de hoy; quizá podamos evitar el mal y obrar el bien; cuidar la ley y levantar al oprimido, proteger a los huérfanos y viudas, tanto estructurales como personales, de nuestro propio tiempo

COMUNICACION

ESTUDIOS VENEZOLANOS
DE COMUNICACION

Números Publicados

1. Comunicación e ideología (agotado)
2. Comunicación y cultura (agotado)
3. Comunicación y publicidad
4. La cultura popular (agotado)
5. Prensa y Ley del periodismo
6. Cine nacional (agotado)
7. Escuelas de comunicación social (agotado)
8. Ética y comunicación (agotado)
9. El comic y la comunicación (agotado)
- 10 y 11. Políticas nacionales de comunicación (agotado)
12. Marginalidad y comunicación
13. Comunicación y educación
14. Medios de comunicación en la provincia venezolana
15. Empresa privada: "políticas" de Comunicación
16. Comunicación y opinión pública
17. XXV años de la televisión venezolana
18. Comunicación transnacional
- 19 y 20. Campaña Electoral 1978
21. El niño y la comunicación

CENTRO DE COMUNICACION SOCIAL
Apartado 20133
Caracas 102 - VENEZUELA
Telf. 42.40.01